

Notas sobre la documentación histórica en *Amaya*. Cinco cartas de Luis Echeverría a Navarro Villoslada

Este trabajo tiene por objeto presentar algunos documentos que arrojan luz sobre el proceso creativo de Francisco Navarro Villoslada en sus novelas históricas, en concreto, sobre la reconstrucción histórico-arqueológica de su última novela, *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879). Se trata de cinco cartas que le dirige su amigo Luis Echeverría (y otra de un tercero que le envía anexa con una de ellas) y que incluyen diversos datos que el novelista, llevado por su afán de ser exacto y verosímil, desea introducir en su novela, al tiempo que nos proporcionan algunas noticias interesantes sobre la acogida de la que fue su obra más importante. Pero antes de ofrecer un comentario y la transcripción de esos documentos, bueno será recordar algunas de las características del novelar histórico de Navarro Villoslada y su manera de combinar la historia y la ficción en esta obra.

1. *Amaya*, una novela entre la historia y la leyenda¹

En 1877 comenzaba a publicarse, en el folletón de la revista *La Ciencia Cristiana*, dirigida por Orti y Lara, la novela *Amaya o*

(1) Pueden consultarse a este respecto las pp. 284-97 de mi libro *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995, donde el lector interesado hallará además una revisión completa de la biografía, la

los vascos en el siglo VIII, que era, según expresión de su autor, un «centón de tradiciones éuscaras»). Dada la extensión que finalmente llegó a alcanzar, su aparición se fue prolongando hasta el año 1879, momento en que se dio a las prensas también en forma de libro, en tres volúmenes de la madrileña Librería Católica San José. La obra fue acogida con verdadero entusiasmo por los grupos tradicionalistas y fueristas de las cuatro provincias, Navarra y las Vascongadas, cuyo ideario coincidía con el del novelista: así, calificaron a *Amaya* como la «epopeya» del pueblo vasco, y Navarro Villoslada, en reconocimiento a sus méritos vascófilos, fue nombrado miembro de honor de la Asociación Euskara de Navarra, auspiciada en Pamplona por Juan Iturralde y Suit; poco después, Arturo Campión —otro destacado miembro de la misma— dedicaba a *Amaya* un extenso «Estudio crítico», en la *Revista Euskara*.

Inspirada en parte en *Aitor. Légende cantabre*, de Joseph Augustin Chaho, la novela de Navarro Villoslada, cuyo Centenario se celebró en 1995, contribuyó a popularizar el mito del primitivo patriarca vasco inventado por el escritor suletino². De hecho, Chaho y el literato de Viana coincidieron en Vitoria y tuvieron ocasión de entablar amistad. La idea para la redacción de *Amaya* es muy temprana, y ya en los años 50 tenía en mente

personalidad y la producción literaria del ilustre vianés. Sobre *Amaya*, pueden consultarse especialmente estos trabajos: I. L. Bergquist, «*Amaya*», en *El narrador en la novela histórica española de la época romántica*, Berkeley, University of California, 1978, 187-222; A. Campión, «*Amaya*. Estudio crítico», *Revista Euskara*, III (1880), 54-64, 74-86, 115-22 y 145-54 (reproducido en 1889 en *Euskal-Erria* y en 1902 en *La Avalanche*, entre otras publicaciones); F. González Ollé, «Por fin, la novela», en *Introducción a la historia literaria de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989, 167-83; M.^a C. Mina, «Navarro Villoslada: *Amaya* o los vascos salvan a España», *Historia Contemporánea (Revista del Dpto. de Historia Contemporánea de la U. del País Vasco)*, n.º 1 (1988), 143-62; y B. Quijada Comish, «A Contribution to the Study of the Historical Novels of Francisco Navarro Villoslada», en *Homenaje a don Carmelo de Echegaray*, San Sebastián, imprenta de la Diputación de Guipúzcoa, 1928, 199-234.

(2) Cfr. J. Juaristi, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987, y J. M.^a Sánchez-Prieto, *El imaginario vasco. Representaciones de una conciencia histórica, nacional y política en el escenario europeo, 1833-1876*, Barcelona, Eiuusa, 1993.

Villoslada parte de su acción, llegando a escribir un esbozo de la misma titulado *El Ermitaño*. De haber finalizado su novela en ese momento, su publicación habría supuesto una continuación de su carrera narrativa, si tenemos presente que su novela anterior había salido en 1849. Sin embargo, ocupado con las luchas políticas (fue tres veces diputado, una más senador y secretario personal de Carlos VII) y periodísticas (especialmente su trabajo en *El Pensamiento Español* durante doce años, desde 1860), hubo de retrasar su elaboración definitiva hasta su retirada de la vida pública en 1872, y su publicación hasta el final de la guerra carlista en 1876. Su éxito, cuando menos local, fue grande, según ya he apuntado: no en balde esa exaltación del carácter y las costumbres del pueblo vascongado salía a la luz inmediatamente después de la promulgación de la ley de abolición de los fueros vascos, y en años posteriores inspiró obras de intención similar —aunque diversas en su forma y características— como *Auñamendiko Lorea*, de Domingo Aguirre, *El Baso Jaun de Etumeta*, de Juan Venancio de Araquistain, *Los últimos iberos*, de Vicente de Arana o *Don García Almorabid*, del ya mencionado *Campión*.

Como las dos novelas históricas anteriores de Navarro Villoslada (*Doña Blanca de Navarra*, 1847, y *Doña Urraca de Castilla*, 1849), *Amaya* presenta un cuidado trabajo de documentación histórica, con la salvedad de que, en aquel momento, los estudios historiográficos sobre el siglo VIII no estaban tan avanzados como los dedicados a la época medieval (los otros dos relatos se ambientan en los siglos XII y XV, respectivamente) y, por consiguiente, eran menos las fuentes fiables a las que podía acudir el novelista. Él mismo se refiere en distintas páginas de su obra a esta circunstancia al mencionar la «oscuridad histórica del siglo VIII» que le obliga a guiarse, a veces, por la escasa luz que arrojan leyendas y tradiciones, o a dejarse llevar simplemente en alas de su propia fantasía cuando ni siquiera aquellas apoyaturas existen.

Así pues, como ya señaló Arturo Campión, la última novela de Navarro Villoslada es una narración en la que la historia y la leyenda se dan la mano a cada paso:

No es *Amaya* [...] libro que deba la existencia a la imaginación pura. Al contrario, la leyenda y la historia son sus fuentes principales: una y otra han proporcionado los elementos primordiales que después sirvieron al autor para levantar el gallardo edificio que actualmente embelesa nuestros ojos: la erudición y la fantasía marchan juntas en la obra, venciendo la primera la torpeza natural de su paso, gracias a las brillantes alas que la segunda le presta³.

Y, en efecto, en *Amaya* vemos actuar en un mismo plano a personajes históricos como Pelayo, Favila o el rey don Rodrigo junto a otros de carácter legendario (Miguel de Goñi y su hijo Teodosio, García Jiménez, señor de Abárzuza y las Amescoas, el guerrero Andeca) y los pertenecientes al dominio de la pura ficción (Eudón, Amagoya, Pacomio y muchísimos otros que vienen a completar un amplio censo). Por otra parte, los principales datos históricos se acumulan sobre todo en el primer capítulo de la novela, para situar al lector ante la época que va a ser escenario de la acción (práctica que suele ser habitual en la novela histórica que sigue las huellas de Walter Scott). Más adelante, nuevos detalles históricos irán salpicando las páginas del relato, completando de esa forma el marco ofrecido al principio.

En cualquier caso, la impresión de veracidad histórica no se obtiene tanto de la inclusión de datos rigurosos (que la historiografía del XIX todavía no podía conocer⁴ y que eran más abun-

(3) A. Campión, «*Amaya*. Estudio crítico», *La Avalanche*, 1902, 101. En la página siguiente añade: «En la pintura de la sociedad gótica predomina, como es natural, el elemento histórico; en cambio, en la pintura de la sociedad éuskara y a causa de la penuria de documentos, el elemento legendario. Los mitos y las consejas, las tradiciones y los cantos, los recuerdos y las supersticiones que de aquellos oscuros tiempos y pueblo, poco menos que ignorado hasta nuestros días, se conservan, más o menos confusos y alterados, están reunidos en *Amaya* por Villoslada, con la solicitud del anticuario y la piedad filial de un buen hijo».

(4) Sus fuentes históricas principales son Rodríguez Ferrer, Lafuente Alcántara, Modesto Lafuente, Fernández Guerra, Masdeu, Yanguas y Miranda, Moret; y junto a ellas, otras literarias: Araquistain, Chaho.

dantes en relación con el pueblo godo que con el vasco, como ya destacó Campián), sino del acertado retrato de una época conflictiva, de unos pueblos enfrentados en un punto crítico de la historia, el de la invasión de la Península por los musulmanes en 711. Navarro Villoslada supo escoger con acierto un momento de gran agitación, una de esas crisis históricas que, como ha destacado Lukács⁵, constituyen momentos especialmente aptos para la construcción de una novela histórica. La misma sabia elección se puede observar en sus dos novelas anteriores: para Doña Blanca *de* Navarra, elige el momento de decadencia del reino pirenaico, a punto de perder su independencia política ahogado por la lucha de bandos que lo desgarran y por la presión exterior de los reinos que le rodean (Castilla, Aragón y Francia). En Doña Urraca *de* Castilla, nos traslada a uno de los reinados más **tumultuosos** de la historia de España, también con divisiones internas (las hermandades compostelanas alzadas contra el obispo Gelmírez) y externas (los castellano-leoneses frente a los aragoneses del rey Alfonso el Batallador).

2. La reconstrucción arqueológica en *Amaya*

Entiendo por «reconstrucción arqueológica» el esfuerzo que el novelista histórico realiza para trasladar a sus escritos una descripción acertada y sugerente de la época novelada, para conseguir que el lector pueda, por así decir, empaparse de la mentalidad de aquellos tiempos lejanos que evoca, como si presenciara una radiografía interior de aquellas sociedades pretéritas. Esa reconstrucción del pasado histórico se ha de lograr sin que los sucesos y personajes que se nos presentan aparezcan como algo muerto, sino como algo «resucitado» ante nuestros ojos, algo vivo y con capacidad todavía de emocionarnos. Ese trabajo de ambientación que se refleja en la novela y que viene

(5) G. Lukács, *La novela histórica*, trad. de Jasmín Reuter, México, Era, 1977.

a completar el andamiaje puramente histórico es lo que también se ha denominado «color local» o «medievalismo» (que en el caso de *Amaya* sería más bien «goticismo»).

Es opinión bastante común que todo novelista histórico debe realizar un profundo esfuerzo documental previo para lograr aprehender el espíritu de la época novelada y transmitir una impresión de verdad a su producción. Pero al mismo tiempo, a la de hora de escribir, ha de llevar a cabo un esfuerzo por difuminar esa carga erudita, evitando a toda costa que ese bagaje documental se convierta en una rémora que entorpezca el avance de la acción, que dificulte el normal desarrollo de la trama novelesca. En el equilibrio entre ambos planos, el de la documentación histórica y el de la ficción literaria, estará el mejor o peor resultado de la novela histórica, sin olvidar jamás que la novela histórica ha de ser ante todo novela y solo adjetivamente histórica.

En la combinación de esos dos ingredientes básicos existen, claro está, distintas proporciones. En el contexto de la novela histórica con características románticas, que se desarrolla en España entre 1830 y 1870, aproximadamente, Navarro Villoslada se sitúa junto a otros autores que crean una novela histórica seria y muy bien documentada: así, Martínez de la Rosa (*Doña Isabel de Solís*), Cánovas del Castillo (*La campana de Huesca*), Amós de Escalante (*Ave, Maris Stella*) o Castelar (*Fra Filippo Lippi, El suspiro del moro*), autores que no tienen reparo en incluir notas al pie que justifiquen lo afirmado en el texto de la novela. Por lo que hace al caso concreto del «medievalismo» de Navarro Villoslada, suele repetirse una afirmación de Cejador que indica que Doña Blanca y Doña Urraca ((sobresalen por el color local y la certera visión de las costumbres y modo de pensar y sentir de la Edad Media»⁶; o este otro juicio del P. Blanco García:

(6) J. Cejador y Frauca, *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*, Madrid, Gredos, 1972 (ed. facsímil de la de Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1917), vol. VII, 313.

Allí se ve la Edad Media tal como fue, sin velos ni reticencias, con su carácter idealista y aventurero, sus luchas sangrientas entre raza y raza, entre instituciones e instituciones, sus grandezas, crímenes y desigualdades. Intrigas de corte, tragedias de amor, indómitas aristocracias y desenfrenos del populacho, todo aparece al natural gracias al estudio reflexivo y a la perspicacia propia del verdadero ingenio⁷.

La tarea de documentación para la reconstrucción histórico-arqueológica es algo que se puede apreciar con la mera lectura de las novelas de Navarro Villoslada; pero esa impresión subjetiva se confirma con datos objetivos al estudiar los materiales que se encuentran en el archivo del escritor, conservado hasta fechas recientes por sus familiares⁸. Efectivamente, existen allí numerosos documentos que son las papeletas del escritor fruto de su investigación en diversos archivos así como las notas de sus lecturas históricas. Todos ellos revelan su preocupación por documentarse hasta en los detalles más pequeños e insignificantes. Igualmente, se encuentran allí algunas cartas de diversos corresponsales - como Luis Echeverría— a los que Navarro Villoslada solicita información para sus novelas, con el objeto de ser creíble en todo momento.

En el caso de *Amaya*, se observa una excelente caracterización de época basada fundamentalmente en la contraposición de pueblos enfrentados: no sólo vascos y godos, sino también judíos y musulmanes. Y, sobre todo, en el magnífico retrato de la corrompida sociedad visigoda, cuyo imperio está a punto de desmoronarse. Puede apreciarse un cuidado detallismo sobre todo en la descripción de armas, vestidos, usos y costumbres, mobiliario, construcciones arquitectónicas, etc.; ello supone a veces también el empleo de un lenguaje técnico preciso (tiufa-

(7) Padre F. Blanco García, *La literatura española en el siglo XIX*, Madrid, Sáenz de Jubera, 1909-1912, vol. II, 269-70.

(8) Agradezco sinceramente a D.ª Teresa (t) D. Juan y D. Mariano Sendí Pérez-Villamil, bisnietos de Navarro Villoslada, su generosidad al permitirme acceder en todo momento a los documentos del archivo y autorizarme amablemente su reproducción. El archivo se conserva en la actualidad en la Biblioteca de la Universidad de Navarra.

do, conde de los notarios, bucelarios, vílicos...), de una toponimia antigua (Vitoriaco, Varia, Lucronio, Oligitum) y hasta del calendario y el horario latino para la fechación de los sucesos. Además de estos rasgos diseminados por todas las páginas de la novela, existen dos pasajes concretos que destacan por su fuerte sabor arqueológico, a saber: la decalvación de **Ranimiro** (con un precedente histórico en la del rey Wamba) y el alzamiento sobre el pavés del legendario García Jiménez como primer rey de Navarra a los gritos de «¡Real, real, real!»

Por supuesto, esa escrupulosidad no quiere decir que la novela esté totalmente exenta de errores, bien por falta de información histórica, bien por la escasa fiabilidad de la manejada. Ahora bien, debe tenerse en cuenta igualmente que algunos de los anacronismos introducidos en el texto son voluntarios, para facilitar el mejor desarrollo novelesco, según puntualiza el autor en nota en algún caso.

Por otra parte, ese afán de verosimilitud, ese deseo de dar sabor de autenticidad a su novela, contrasta con la inclusión de episodios y aventuras difícilmente creíbles. Por ejemplo, Menéndez Pelayo reputó por mera invención del novelista la mención de la secta de estrelleros vascos (la encabezada por Basurde y Pacomio⁹); y la misma crítica hizo Unamuno, que afirmó que *Amaya* había sido una de las novelas que le llenaron de romanticismo su alma juvenil:

Y ahora pregunto yo: ¿qué idea se ha de formar del pueblo vascongado quien lo estudie, verbigracia, en las bellísimas pero poco reales creaciones del señor Navarro Villoslada, que en su *Amaya* presenta una sociedad de astrólogos vascongados, enemigos del cristianismo, y todo lo referente a aquella hermosa figura de **Amagoia** que, abigarradamente vestida, muere helada en una noche de plenilunio, en lo alto de una roca?¹⁰

(9) M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, CSIC, 1963, vol. 1, 427.

(10) M. de Unamuno, *Obras completas*, Madrid, Escelicer, 1966, vol. IV, 169.

En cualquier caso, Navarro Villoslada sabe combinar acertadamente esa fantasía desbordada con el andamiaje documental, manejado siempre con profundo sentido histórico. Lo histórico y lo legendario se mezclan, precisamente porque los huecos que la historia deja vacíos pueden —y deben, en el caso de una novela— ser rellenados con leyendas y tradiciones o con la propia fantasía del autor.

3. Las cartas de Luis Echevem'a a Navarro Villoslada

3.1. Breve comentario

Los documentos que transcribo son cartas remitidas por Luis Echeverría y Peralta desde Pamplona a su amigo Navarro Villoslada, que por esas fechas, año 1877, seguía viviendo habitualmente en Madrid". Contienen información sobre la planta de la ciudad de Pamplona, la altura de las peñas de las Dos Hermanas, la zona de San Miguel de Aralar o el viaje desde esa cima hasta la costa vasca. En todos esos lugares se sitúan importantes escenas de la novela: en la vieja Iruña, la toma de una de las puertas por los vascos y la rebelión de los judíos que pone en peligro la vida de García; en las Dos Hermanas, cerca de Irurzun, el dramático episodio del caballo de Amaya corriendo desbocado hacia el precipicio; en Aralar, la penitencia del parricida Teodosio de Goñi y la intervención sobrenatural del Arcángel Miguel para derrotar al infernal dragón; en fin, el trayecto desde Aralar hasta la costa de Guipúzcoa es el recorrido que anteriormente hiciera Teodosio tras entrevistarse con

(11) Se venía repitiendo que en 1872 Navarro Villoslada, al abandonar sus cargos públicos, marchó a su ciudad natal en Navarra, donde permaneció durante años retirado, escribiendo *Amaya* y ganándose el sobrenombre de «El solitario de Viana». La consulta de sus libros de cuentas (conservados por Pablo Antoñana Chasco, a quien agradezco el haberlos puesto a mi disposición) permite afirmar que el novelista seguía viviendo en Madrid, salvo los meses de verano, en que viajaba al norte (descansaba en Viana y en alguna localidad de las Vascongadas como Zumaya o Zumárraga).

Petronila para localizar el brazalete de Amaya. Además, sobre las características físicas de la cumbre del Aralar, Echeverría le remite una carta de José Fermín Astiz, el abad de Irurzun, buen conocedor de la zona.

Cabe señalar que Luis Echeverría fue la persona que sustituyó a Navarro Villoslada en la dirección de *El Pensamiento Español* cuando el de Viana la abandonó en marzo de 1872 (el día 15 se despedía de los lectores con un artículo titulado «Una promesa cumplida»). Y también que, en reconocimiento a la ayuda prestada al proporcionarle los datos pedidos para *Amaya*, Navarro Villoslada le dedicó la novela —a él y a su hermano Manuel¹²— cuando en 1879 se publicó en volumen. Esa dedicatoria «A los Sres. D. Manuel y D. Luis Echeverría y Peralta» comienza con estas palabras:

Hijos de una misma provincia, compañeros en cargos políticos de muy honrosa confianza, constantes amigos en próspera y adversa fortuna, en el estruendo de la vida pública y el grato silencio de la privada; identificados siempre por acendrado amor a la tierra vascónica, era natural mi deseo de unir también nuestros nombres en obra que reflejase nuestro común apego al suelo en que nacimos y el cariño a las leyes, costumbres y gloriosas tradiciones de la patria.

Todas las cartas —que destilan gran cordialidad y un profundo respeto de Echeverría por la figura de Navarro Villoslada, así como una admiración entusiasta por su última creación literaria— son del año 1877 (del 7 de marzo al 26 de abril), es decir, de cuando comenzaba a aparecer *Amaya* en el folletón de *La Ciencia Cristiana*. Demuestran fehacientemente la obsesión del novelista por documentarse hasta en los más pequeños detalles de su reconstrucción histórico-arqueológica, su deseo de no faltar a la verdad conocida en todos aquellos

(12) De los dos hermanos Echeverría, Manuel resulta más conocido, ya que fue diputado por Pamplona en las Cortes de febrero de 1869 a enero de 1871, según indican Joaquín Herrán Prieto y Victoria Martín Milá en la *Gran Enciclopedia Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1990, vol. IV, 164.

aspectos que pudiese contrastar, lo mismo que en la ambientación de los escenarios naturales en que transcurre la novela. En este sentido, merece la pena recordar otra práctica habitual en el escritor, consistente en tomar notas de los lugares por los que viajaba para aprovecharlas luego a la hora de redactar sus relatos (así, utilizó las notas de un «Viaje a Altamira» para Doña Urraca de *Castilla* y, para *Amaya*, las de un «Viaje a Goñi», que realizó a caballo hacia 1850, y otras de una excursión de Viana a Tolosa¹³).

En fin, las palabras del corresponsal nos proporcionan además otros datos interesantes, sobre todo concernientes al éxito con que estaban siendo acogidas las primeras entregas de la novela.

3.2. *Transcripción de los documentos*

[Documento n.º 1. Carta de Luis Echeverría a Navarro Villoslada, 7-III-1877, con información sobre las peñas de las Dos Hermanas¹⁴]

Pamplona, 7 marzo 1877.

Mi querido D. Paco: Tengo a la vista su muy grata del 22 pasado que recibí hallándome en cama con un fuerte resfriado. En ella contesta V. a la mía de diciembre pasado; olvidaba V. en aquel momento que tenía V. otra posterior de cuyo recibo me da testimonio La Ciencia Cristiana a la que me tomé la libertad de encargar a V. que me suscribiera. Por el cumplimiento de este encargo doy a V. las gracias...

(13) Además, entre la documentación sobre *Amaya* conservada en el archivo del escritor figuran unos apuntes con las características geológicas de las mencionadas peñas de las Dos Hermanas y un mapa detallado del Valle de Goñi, que es también, como se sabe, escenario destacado de buena parte de la novela.

(14) Esta carta fue reproducida parcialmente por Quijada Cornish, «A Contribution...», art. cit., 231-33.

Pues señor, por todos los medios posibles he procurado obtener las noticias que V. me pide sobre las Dos Hermanas y a pesar de mis diligencias no puedo satisfacer los deseos de V. Ni en la sección de montes de la Diputación saben la altura de las peñas; pero el jefe de aquella, instado para que me dijese su parecer, me ha indicado que acaso tengan 200 metros. No sólo él, sino sus dependientes, que han visitado aquel país para hacer los planos de los montes, decían a su vez que subir a la peña de la izquierda es imposible. Un pastor del país que acompañó a uno de ellos contaba, según me han dicho, como cosa rara que había subido una vez para coger la cría de una cabra y que le daba tal miedo el bajar que casi no se atrevía a moverse. La de la derecha es más accesible, pero muy difícil de escalar a pie; de ir a caballo no hay que hablar.

Si no recuerdo mal, Coello en un mapa de Navarra da una altura de cinco mil y tantos pies sobre el nivel del mar si no a las peñas a uno de los lugares próximos. Pero eso ya lo habrá V. visto o lo puede ver fácilmente. El terreno del otro lado de la peña, hacia Guipúzcoa, es escarpadísimo; el más inmediato roca viva, y bajando en una gran extensión hay bosque de robles y hayas de poca corpulencia cuanto más inmediatos a las rocas. Es evidente que éstas han sido trabajadas por el río, que a fuerza de siglos se ha hecho un paso desahogado produciendo desprendimientos contra los cuales los arrieros del país cuentan que hubo que tomar algunas penosas prevenciones cuando se construía la carretera. De que los trabajos no fueron bastante eficaces podrá dar testimonio en el valle de Josafat el abuelo de un amigo mío, que pasando a caballo por entre las dos peñas fue aplastado por una roca.

Pero ¿a qué cansarse? Según veo en el *Diccionario* de Madoz, artículo *Araquil*, por el valle de este nombre pasaba antiguamente la calzada Romana que iba de Astorga a Burdeos, y en él estaban los *Aracelitanos*, pueblos estipendianos de Roma. Aunque de esto y de otras muchas cosas sabrá V. todo lo que hay que saber, yo recuerdo la noticia para indicarle que es muy verosímil que

los buenos de los Aracelitanos para vigilar el camino tuvieran atalayas en las dos rocas o en la roca, si entonces no había más que una dividida después en dos; pero sin duda lo tendrían en la de la izquierda y para subir y bajar con facilidad es evidente que hicieran un camino, aunque angosto, bastante ancho para subir a caballo, camino del que no queda ya ni rastro, porque cayendo en desuso por innecesario se volvió a cubrir de arbustos y se cegó con las piedras desprendidas de las mismas peñas. Esto es tan **verosimilísimo** que me parece que estoy viendo el camino y la torre o *specula* destinada al *speculafor* o *excubifor* que estaba de guardia. En último caso haga V. que suba el *salvico-molvico*.

El lugarcillo o caserío llamado *Echaberri* o *Echeverri* está como a un cuarto de legua o poco más de las peñas: la tierra labrantia debe ser allí muy escasa. Allí mismo o en sus cercanías, más hacia Guipúzcoa, puede V. poner mi casa solariega o la de mi homónimo y prometo no desmentir a V.

No quiero concluir sin una advertencia. Cuando he visto a Teodosio de Goñi, hijo de Miguel, me he acordado del fundador de S. Miguel de Excelsis y me ha ocurrido hojear una obra en dos tomos en folio (aunque hay otras ediciones de menos tamaño) titulada *S. Miguel de excelsis representado como Príncipe Supremo de todo el reino de Dios en el cielo y en la tierra, &c. &c.* por el P. Fr. Tomás de Burgui, capuchino, ex-lector de Teología. Supongo que conocerá V. este libro, pero por si no lo conoce le indico que debe haberlo en la Biblioteca Nacional y en todo caso el librero Murillo, Alcalá, **13**, puede dar razón de él y de otros relacionados con el Santuario de S. Miguel. El P. Burgui en los primeros capítulos de su tomo II anda bastante encontrado con las doctrinas que V. da de Teodosio y Miguel de Goñi, aunque sospecho que aquel no lleva razón en sus conjeturas. Otra advertencia: el ingeniero de caminos de esta provincia, amigo **mío**, tiene que ir a la Barranca en cuanto mejore el tiempo, cerrado ahora en nieves y aguas, y me ha ofrecido tomar todas las noticias que quiera. Si V. tiene espera unos días le diré que tome los datos que V. desee.

Mucho gusto tendré en poder contestar con más exactitud a las preguntas que me haga respecto de esta ciudad. Tanto me complace que V. me utilice en provecho de *Amaya* que, a no haber estado el tiempo tan malo, un día hubiera visto por **mí** mismo las Dos Hermanas, por las que sólo una vez he pasado, hace muchos años.

Mi mujer y una cuñada suya están desesperadas al ver la lentitud con que se publica *Amaya*, de la que están tan encantadas como yo. Ayer, aunque a postre de comida, en cuanto recibimos el número 4.º de la *Ciencia Cristiana* devoramos los capítulos de la novela.

También en casa de mi hermano esperan con [an]siedad las entregas.

Celebro que en la familia de V. no haya novedad. Tampoco en la mía la hay; pero sí en la de Manuel, cuya hija Angelita, que vino a pasar una temporada al lado de sus padres, ha tenido unas calenturas gástricas de que gracias a Dios está ya convaleciente. A la amanuense¹⁵ cuanto V. quiera de mi parte y de la de Concha, que saluda a V.

Sacuda V. la pereza con alguna más frecuencia para darme cuenta de su vida, que lo mismo hará su affmo. amigo que le abraza de corazón,

Luis

Zapatería, 45.

[Documento n.º 2. Carta de Echevem'a a Navarro Villoslada, 19-III-1877, con información sobre San Miguel de Aralar]

Querido D. Paco:

(15) Se refiere Echeverría a Petra, una de las dos hijas de Navarro Villoslada, a la que éste dictaba en ocasiones fragmentos de la novela por tener él una letra pequeña y nerviosa, un tanto difícil de descifrar.

Tengo a la vista su grata y lisonjera del 14. Me alegro tanto como V. de que mis noticias le sirvan de algo y esto me estimulará a proporcionarle cuantas pueda.

He empezado ya a hacer diligencias para satisfacer en lo posible sus deseos respecto a S. Miguel y en cuanto reúna lo que me pide lo enviaré.

Hoy sólo escribo a V. para participarle que el domingo último dio Concha a luz con toda felicidad una robusta niña que, apadrinada por Manuel, mi hermano, ha sido bautizada con los nombres de María de la Concepción Manuela etc.

Madre e hija siguen perfectamente. Recuerdos a Petra, a quien como a V. saluda Concha. Recíbanlos W. de mis hermanas y su familia y queda siempre de V. affmo. amigo

Luis.

[Documento n.º 3. Carta de Echeverría a Navarro Villoslada, 20-III-1877, sobre la altura de las Dos Hermanas]

Amigo D. Paco:

Hablando con un barranqués para conseguir las consabidas noticias de San Miguel, he sabido que un ingeniero militar tuvo la curiosidad de medir la altura de las Dos Hermanas y resultó, según cree mi amigo el barranqués, que la peña mayor tiene ciento sesenta y tantos metros y la de la derecha ciento cuarenta y tantos.

Comunicaré cuanto antes las noticias consabidas, pero como me indicó V. que las que antes le transmití salían en el número del 31 corriente no he querido omitir la rectificación sobre las Dos Hermanas.

Siempre suyo affmo.

Luis

No he recibido todavía el 5.º cuaderno de La **Ciencia**.

[Documento n.º 4. Carta de Echeverría a Navarro Villoslada, 31-III-1877, sobre San Miguel de Aralar]

Mi querido D. Paco: Después de varias diligencias para proporcionar a V. las noticias que me pedía, pensé que lo mejor sería acudir a algún cura del país. Y previa una recomendación de un amigo mío formulé al pie de ella un minucioso interrogatorio al abad de Irurzun. La contestación de éste se la remito a V. original, después de haber dado las gracias al autor en nombre de V. y mío.

Los datos relativos al viaje de Aralar a la costa me los ha proporcionado un antiguo párroco de Irún, hoy canónigo de esta catedral, y yo me he entretenido en extractar del *Diccionario* de Madoz los datos relativos a los pueblos que hoy se tocan en el camino, aunque no se tocarían acaso en el siglo VIII. Pero lo he hecho por evitar a V. quehacer y para que con el mapa a la vista forme V. idea más aproximada.

Luego me ocuparé en lo relativo a Pamplona, que decía V. no correrle prisa.

Y vaya V. pidiendo, que, en cuanto pueda, excuso decirle que le serviré con gusto.

En cambio, si yo tuviese algún título de literato que me autorizase a ello me permitiría rogar a V. que encargara algún mayor cuidado en la corrección de pruebas. Porque es lástima que en la página 435, por ejemplo, de la última entrega haya en boca de Munio un párrafo oscuro por falta de una conjunción copulativa o adversativa y que el párrafo primero sea algo cacofónico.

Dispénseme V. el atrevimiento. Recuerdos a Petra de Concha y míos. Recíbalos V. de los primeros y un abrazo de su affmo. amigo

Luis

Va sin enmienda por la prisa.

Tengo a la vista su grata y lisonjera del 14. Me alegro tanto como V. de que mis noticias le sirvan de algo y esto me estimulará a proporcionarle cuantas pueda.

He empezado ya a hacer diligencias para satisfacer en lo posible sus deseos respecto a S. Miguel y en cuanto reúna lo que me pide lo enviaré.

Hoy sólo escribo a V. para participarle que el domingo último dio Concha a luz con toda felicidad una robusta niña que, apadrinada por Manuel, mi hermano, ha sido bautizada con los nombres de María de la Concepción Manuela etc.

Madre e hija siguen perfectamente. Recuerdos a Petra, a quien como a V. saluda Concha. Recíbanlos W. de mis hermanas y su familia y queda siempre de V. affmo. amigo

Luis.

[Documento n.º 3. Carta de Echeverría a Navarro Villoslada, 20-III-1877, sobre la altura de las Dos Hermanas]

Amigo D. Paco:

Hablando con un barranqués para conseguir las consabidas noticias de San Miguel, he sabido que un ingeniero militar tuvo la curiosidad de medir la altura de las Dos Hermanas y resultó, según cree mi amigo el barranqués, que la peña mayor tiene ciento sesenta y tantos metros y la de la derecha ciento cuarenta y tantos.

Comunicaré cuanto antes las noticias consabidas, pero como me indicó V. que las que antes le transmití salían en el número del 31 corriente no he querido omitir la rectificación sobre las Dos Hermanas.

Siempre suyo affmo.

Luis

No he recibido todavía el 5.º cuaderno de La *Ciencia*.

[Documento n.º 4. Carta de Echeverría a Navarro Villoslada, **31-III-1877**, sobre San Miguel de **Aralar**]

Mi querido D. Paco: Después de varias diligencias para proporcionar a V. las noticias que me pedía, pensé que lo mejor sería acudir a algún cura del país. Y previa una recomendación de un amigo mío formulé al pie de ella un minucioso interrogatorio al abad de Irurzun. La contestación de éste se la remito a V. original, después de haber dado las gracias al autor en nombre de V. y mío.

Los datos relativos al viaje de **Aralar** a la costa me los ha proporcionado un antiguo párroco de Irún, hoy canónigo de esta catedral, y yo me he entretenido en extractar del *Diccionario* de Madoz los datos relativos a los pueblos que hoy se tocan en el camino, aunque no se tocarían acaso en el siglo VIII. Pero lo he hecho por evitar a V. quehacer y para que con el mapa a la vista forme V. idea más aproximada.

Luego me ocuparé en lo relativo a Pamplona, que decía V. no correrle prisa.

Y vaya V. pidiendo, que, en cuanto pueda, excuso decirle que le serviré con gusto.

En cambio, si yo tuviese algún título de literato que me autorizase a ello me permitiría rogar a V. que encargara algún mayor cuidado en la corrección de pruebas. Porque es lástima que en la página **435**, por ejemplo, de la última entrega haya en boca de Munio un párrafo oscuro por falta de una conjunción copulativa o adversativa y que el párrafo primero sea algo cacofónico.

Dispéñeme V. el atrevimiento. Recuerdos a Petra de Concha y míos. Recíbalos V. de los primeros y un abrazo de su affmo. amigo

Luis

Va sin enmienda por la prisa.

[Documento n.º 5. Carta de José Fermín **Astiz** contestando a unas preguntas de Echevema, y remitida por éste a Navarro Villoslada, adjunta a la anterior]

Irurzun, 29 de marzo de 1877

Sr. D. Luis Echeverría:

Muy Sr. mío de mi mayor aprecio: En contestación a su atenta, fecha 17 del corriente, con la recomendación que la precede de mi amigo y compariente don Fermín Garzón, siguiendo el orden de sus preguntas para mayor claridad, deseo satisfacer sus deseos y los de su distinguido amigo, suministrándole los datos que siguen en relación a cada una de las preguntas.

En respuesta a la 1.^a pregunta digo que la configuración del terreno, entendiendo el solar sobre el que está construida la basílica de San Miguel, es un vertiente en posición meridional cuyas paredes se elevan algunas varas sobre el nivel de la cumbre de su propio monte. Está sobre roca. Hay una llanura al norte y oriente de la basílica, más prolongada hacia el oriente.

Item a la 2.^a que no hay ninguna noticia del estado de este terreno antes de la construcción de la basílica, pero es de suponer que fuese de peñascos y breñas, como sus alrededores, entre los que había una profunda cueva en que habitaba el dragón que con impetuosa furia acometió al penitente solitario don Teodosio Goñi. También es de suponer que entre los peñascos hubiera algunos arbustos, como el espino blanco, acebo u otras especies de que se hará mención más adelante.

Los alrededores de la basílica y aun la misma cumbre del monte debieron estar poblados de hayas, fresnos, entremezclados con varias especies de arbustos; así parece que está indicando la naturaleza del terreno, que aunque al presente se ve con pocos árboles, bien se prestaría antes a producirlos.

Item a la 3.^a que el terreno es calizo.

Item a la 4.^a que los árboles, arbustos y plantas más abundantes en aquellos alrededores son la haya, el fresno, acebo,

espino, avellano, manzano silvestre y otros como los llamados en vascuence astiguerra, iriguerra, etc., enebro.

Item a la 5." que bajo el supuesto que sale del lugarcillo de Echeverri, que está próximo a las Dos Hermanas, un hombre que se propone llegar a la basílica de San Miguel Excelsis con la posible brevedad tomaría este giro: partiría de Echeverri pasando su playa, monte de Echarren y parte de Eguiarreta, con algún descenso, llegaría en media hora a la basílica de San Santiago Apóstol llamado de Ichasperri, jurisdicción de Eguiarreta; constituido en este punto, tomaría el camino que conduce al puerto de Madoz y llegaría como en tres cuartos de hora al mismo pueblo de Madoz. De aquí tomaría el camino llamado de Aguirigui, antiguo lugarcillo cuyos vestigios todavía existen, y como en una hora podría llegar hasta el pie del monte de San Miguel, pasando la cuesta en media hora o poco menos; de modo que podría hacer su viaje de llegada a la basílica en dos horas y media aproximativas. El terreno de Echeverri hasta Santiago de Ichasperri es bastante llano y poblado de robles; desde aquí al camino que conduce a Madoz es penosísima cuesta; hay robles, castaños, espinos, **halechos** o **helechos** y otros arbustos en este trayecto; en el camino que conduce de Madoz a Aguirigui y de aquí a San Miguel, que está en la cumbre, es bastante llano en su mayor parte; y se ve espesura de hayas a todos lados, muchos fresnos y variedad de arbustos de las especies indicadas.

Item a la 6." que la montaña o cumbre dominante a San Miguel es la que como distancia de cinco minutos a su pie se llama Alchueta; como se deja comprender, está casi contigua al monte de San Miguel, es muy elevada y situada al norte de dicha basílica.

Item a la 7." y última que, faltándome suficientes datos para responderla en toda su extensión, me limito solamente a afirmar que desde San Miguel por el pie de Alchueta, terreno de Alvia y Malloas de Inza, podría el supuesto personaje bajar a Betelu en dos horas y media.

Estos son los únicos datos que puedo proporcionarle y dándole a V. infinitas gracias por su generoso ofrecimiento, a que quisiera corresponder en todo tiempo, vea V. en qué puede servirle mejor este su afectísimo s. s. y capellán q. s. m. b.

José Fermín Astiz.

[Documento n.º 6. Carta de Echevema a Navarro Villoslada, 26-IV-1877, con noticias sobre la planta de la ciudad de Pamplona]

Pamplona, 26 de abril de 1877

Mi querido D. Paco: Muchas gracias por la felicitación de V. con motivo del parto feliz de Concha, que así como la niña sigue perfectamente.

No soy seguramente de los que menos sienten la lentitud con que se publica *Amaya*. He escrito a Ortí con el pretexto de decirle que me considere como suscriptor [*sic*]indefinido, pero en realidad con el fin de darle a entender que los suscriptores que aquí tiene *La Ciencia Cristiana* —que son algunos y han de aumentar con la recomendación que ha hecho el *Boletín Eclesiástico* de esta diócesis— verían con mucho gusto que en cada número de los que esperan con verdadera ansiedad no se publicaran menos páginas de la novela que en el último y que no se cortaran los capítulos. La revista va gustando, y quiera Dios que no la mate su propio director, a quien considero, como V., no muy hábil para tal cargo; pero aparte de los artículos que publica, es lo cierto que aquí interesa muy especialmente por *Amaya*.

Por si está próximo el día en que puedan servirle a V. de algo, allá van algunas noticias acerca de Pamplona.

No veo inconveniente en que, según me indicaba V. en la suya de 14 del pasado, ponga V. el castillo en medio, el burgo alrededor y puertas al Oriente, Occidente y Mediodía.

Hoy las puertas están: la que conduce directamente a la carretera de Vitoria, que se toma precisamente para ir a la estación, al N. O. de la plaza, próxima al ángulo de la misma que ocupa aquella situación. Se llama Portal Nuevo.

El Portal de Taconera está junto a la ciudadela al S. O. de la plaza: es la puerta de salida para la carretera de Logroño. Por ella salen los coches para la estación, pero es por evitar la rígida pendiente del Portal Nuevo, por el cual no hacen sino entrar.

El Portal de San Nicolás está al Sur de la plaza; es la salida para la carretera de Madrid. El de Tejería al N. E. El de Francia y el de Rochapea al N. O.

Ya recordará V. que por la parte N. desde el Portal de Tejería hasta el Nuevo hay una bajada considerable hacia el Arga y que la plaza, que está en terreno llano, forma un cuadrilátero rectangular (aproximadamente) cuyos lados mayores son el que mira al Arga y su paralelo al S. E. Bien quisiera, aunque V. no me lo pide, dar a V. alguna noticia sobre la extensión y forma de esta población a principios del siglo VIII, pero no conozco por aquí a ningún Fernández Guerra¹⁶ y dudo que haya por dónde averiguarlo. Pero acaso le sea a V. útil recordar los siguientes datos.

Según tradición confirmada por el P. Moret, la predicación de San Saturnino en Pamplona hizo que en tres días se convirtieran al cristianismo cuarenta mil personas de uno y otro sexo. Si hay exactitud en la cifra o acudieron gentes de fuera, quizá para celebrar en aquellos días la fiesta de Diana, o era la pobla-

(16) Aureliano Fernández-Guerra, erudito historiador con quien Navarro Villoslada entabló también relación de amistad y que por una carta de 12 de enero de 1877 le invitaba a acercarse a su caca: «Véngase V. por aquí una tarde, como de tres a cuatro; y no le pesará echar una ojeada sobre mis numerosos legajos de papeletas geográficas, históricas y cronológicas; y sobre mis noventa y tantos mapas de la España antigua: trabajo de cuarenta y cinco años.»

ción muchísimo más extensa que ahora. Esto no sería de extrañar y aun quizá es probable que bajo la dominación de los romanos Pamplona se extendiera mucho más que hoy.

Lo que era Pamplona bajo la dominación goda y después, cuando según cuentan la desmanteló Carlo Magno, no lo sé; pero después de este último suceso, verdadero o falso, Pamplona debía ser de más reducido perímetro que hoy. Lo que se sabe positivamente es que en tiempo del Duque de Alba el paseo de la Taconera que hoy está dentro de murallas era un terreno que entonces estaba fuera y era conocido con el mismo nombre; que había una puerta (y esto puede interesar a V.) mirando a la Taconera, al final de la que hoy es calle Mayor junto al muro de la iglesia parroquial de S. Lorenzo en el cual todavía se ven algunas piedras que denotan la existencia de alguna construcción adherente, y la fachada de la iglesia (que mira a la Taconera) tiene una paredina de aspilleras a diferentes alturas. Otra puerta parece que había al final de la calle de S. Antón, mirando también a la Taconera.

Por la parte del Sur, se sabe que el sitio donde cayó herido S. Ignacio, que fue donde hoy está la capilla de su nombre (dentro de murallas) en aquel tiempo era fuera del castillo, situado en la plaza que hoy se denomina así.

No sé si acierto a decir a V. cosa que le sea de provecho; pero si no es así, estime V. mi buen deseo, y no repare V. en hacerme cuantas preguntas quiera.

Anteayer vi a uno de los Montoyas, que me dio buenas noticias de su madre de V. y de Ciriaco. Un día de estos voy a escribir al último.

Si no estuviera V. tan ocupado le preguntaría qué piensa de la eterna polémica entre el *Siglo* y *La España*. Un *Pensamiento* que sinceramente prescindiera de bandera dinástica haciendo caso omiso de los príncipes que se disputan la legitimidad, guardando en el corazón de sus redactores las opiniones que

sobre ésta tenga, me parece que haría muy bien a la causa del catolicismo en España¹⁷.

Concha saluda a VV. y también mis hermanas, que siguen sin novedad.

Recuerdos a Petra y V. reciba un abrazo de su afectísimo amigo

Luis.

CARLOS MATA INDURÁIN
Universidad de Navarra

(17) Echeverría hace alusión a una de las habituales rivalidades dentro de la prensa tradicionalista, entre *La España* y *El Siglo Futuro*, periódico al que se incorporaron los hombres de *El Pensamiento Español* tras su desaparición en 1874. Al mismo tiempo, apunta la posibilidad de resucitar ese diario fundado por Navarro Villoslada, en el que trabajó durante doce años, de 1860 a 1872, y del que llegó a ser, desde 1865, director y único propietario.